

dose de una cuestión semejante á la que se proponían resolver. Su sacrificio estaba consumado, porque después de la sesión celebrada la noche antes no era posible prolongar la situación. Con efecto, ¿cómo podía Napoleón consentir que se entablasen negociaciones con el extranjero sin su dirección, y lo que es más, sin su anuencia? Esto hubiera sido un verdadero deshonor, y de no querer sufrirlo, no le quedaba otro remedio que destruir á la asamblea con el auxilio del populacho, emprendiendo de nuevo la lucha contra la Europa unánime, y teniendo detrás de sí á la Francia dividida. Como hemos visto, Napoleón había tomado ya una resolución sobre este particular; pero con todo, dos cosas resistían aún en su ánimo, la naturaleza, y la repugnancia que le causaba tener que abandonar una causa que no le parecía absolutamente perdida. Con efecto, le costaba mucho trabajo descender del trono, porque esto era caer en una estrecha prisión, y sentía renunciar á una lucha que, según su criterio militar, ofrecía aún bastantes probabilidades de éxito. Pero ante la evidencia de la desunión, cierta mientras permaneciese en el poder, y probable cuando le resignase, estaba pronto á rendirse, y únicamente se indignaba cuando acudían á asediarse, sin dejarle apenas tiempo para reflexionar. Esta agonía de su potente voluntad era un espectáculo terrible y doloroso, porque el genio y la desgracia perdían en aquellas circunstancias algo de la dignidad que se querría que conservasen siempre, y sobre todo en los momentos supremos. Napoleón se mostraba sucesivamente tranquilo, afable, irónico á lo más, y sólo se irritaba cuando le apremiaban demasiado. Aceptaba los consejos de los que, como el duque de Rovigo, el conde de Lavallette y el duque de Basano, le decían que era preciso abandonar á unas gentes que no merecían que se les salvase, trasladándose con su imperecedera gloria á la vasta y libre naturaleza de América, para concluir allí su vida en medio de un profundo reposo y de la admiración del mundo, que sería justo con él después de su caída; pero estos mismos consejos le disgustaban cuando se los repetían los hombres que parecían esperar de su sacrificio alguna cosa en su favor ó en el de la nación. A estos últimos los consideraba como engañados por Mr. Fouché ó por sus intereses; así es que recibía con poco agrado á Mr. Regnaud y á los que se encontraban en su mismo caso, cuando acudían á hablarle del asunto que en aquellos tristes momentos era objeto de todas las conversaciones.

Estas dolorosas transiciones llenaron una parte de la mañana en el palacio y en el jardín del Eliseo. Por entonces llegaron noticias del ejército menos desconsoladoras que las que Napoleón y sus oficiales habían traído al regresar de Laón. Grouchy, á quien creían perdido, había llegado sano y salvo á Rocroy y contaba con más de treinta mil hombres llenos de ardor, detrás de los cuales iban á reunirse y organizarse los restos de Waterloo. Estos restos, que acudían de todas partes á Laón, formaban ya un contingente de veinte mil hombres, y debía elevarse á treinta ó cuarenta mil cuando se les diera nuevas armas y se les proveyese de artillería. Era, pues, cosa fácil reunir en pocos días un ejército de sesenta mil hombres, los cuales, aumentados con los depósitos, los confederados y las tropas del Oeste, podían

muy bien ascender á cerca de cien mil y cubrir á París. Era, pues, muy distinta la situación, por afictiva que fuese, de lo que imaginaban; porque estaban en la creencia de que no pudiendo ser defendido París se verían obligados á rendirse sin condiciones. El ministro de la Guerra fué inmediatamente á la cámara de los representantes para ver si estas noticias provocaban útiles reflexiones y renacía el deseo de conservar á estos cien mil hombres el jefe que en 1814 había desafiado al destino con fuerzas inferiores.

La asamblea se hallaba reunida desde las nueve de la mañana y se manifestaba en su seno una impaciencia mucho más viva que la que había mostrado en los días precedentes. Se quiso diferir el informe del general Grenier para ganar algún tiempo, pero la asamblea no tomó interés por ninguno de los asuntos accesorios que se trató de substituir al asunto principal de sus preocupaciones. Fué preciso satisfacer los deseos generales, y á cosa de las diez de la mañana subió á la tribuna el general Grenier, consiguiendo al presentarse un silencio que se había negado á los demás oradores. El general enumeró brevemente las diversas medidas que se habían adoptado la noche anterior en las Tullerías, y concluyó por la exposición más detallada de la principal, de la que consistía en enviar al campamento de los aliados negociadores encargados de tratar con ellos en nombre de las cámaras. Esto era por lo menos la mitad de la abdicación, con la seguridad de obtener dentro de poco lo que le faltaba para su complemento. A pesar de esto, el desaliento, la impaciencia, hasta la cólera, se mostraron en todos los rostros y prorrumpieron en voces confusas. El relator, poco acostumbrado á este género de agitaciones, balbuceó algunas palabras para pedir que se dignasen esperar algunos instantes, porque los ministros le habían prometido que no tardaría un mensaje imperial en completar la comunicación que acababa de hacerles. Esta indicación no satisfizo á aquellos hombres agitados, y una multitud de oradores asaltaron la tribuna para presentar proposiciones conducentes á precipitar el suceso deseado; pero como no eran personajes importantes y dignos de ser escuchados los que tomaban parte en este tumulto, la asamblea no les prestó atención, y se sucedían inútilmente en medio de un desorden inexplicable. Los confidentes del duque de Otranto acudieron de pronto á decir que la víctima se defendía, que era preciso violentarla si no quería la cámara ser víctima á su vez, porque informado el ejército de lo que sucedía, estaba dispuesto á cometer los mayores excesos para prolongar el reinado de Napoleón, y se habían recibido noticias de Grouchy, el cual había escapado felizmente y avanzaba hacia Laón con sesenta mil hombres. La perspectiva de estos recursos podía muy bien devolver á Napoleón la resolución que parecía haberle abandonado, y no había tiempo que perder. Esta versión no tardó en confirmarse con las noticias que el ministro de la Guerra comunicó respecto de la situación de los asuntos militares; y fué escuchado con tanta más impaciencia, cuanto que lo que decía era serio. Después de oírle, lejos de cambiar de opinión, se confirmaron en la que profesaban; porque cuando los hombres quieren apasionadamente una cosa, todo les impulsa hacia ella, hasta lo que parece que debería separarlos de su objeto. Los unos pretendían que estos sesenta mil

hombres servirían á Napoleón de pretexto para conservar el poder; los otros que era preciso apresurarse á utilizarlos para tratar de la paz sin el hombre cuya presencia imposibilitaba la conclusión de toda paz. Excitándose cada vez más, llegó á decirse que era necesario proponer el destronamiento y hasta votarle, no tardando en generalizarse la idea de pronunciar esta violenta medida. Sin embargo, un representante, el general Solignac, que desde hacía algún tiempo había perdido la gracia del emperador, carácter poco prudente, pero generoso, contuvo por un momento á la asamblea, diciendo que el hombre á quien iban á destronar había reinado quince años, que no hacía mucho le había prestado juramento la Francia, que había mandado durante veinte años los ejércitos franceses con una gloria incomparable, que merecía respeto, y que no era mucho pedir el plazo de una hora para que tuviese tiempo de abandonar por sí mismo el cetro que pretendían arrebatarle.

«Una hora, una hora... corrientes, esperaremos,» respondieron centenares de voces, y apoderándose de esta asamblea, que á pesar de todo quería con toda su alma el sostenimiento de la dinastía imperial; apoderándose, decimos, una especie de pudor, otorgó el plazo fatal. ¡Conceder una hora para que abdicase el hombre que había dominado el mundo y que tres meses antes había sido acogido con transportes de júbilo! ¡Triste y terrible lección para las ambiciones desmesuradas!

El general Solignac corrió espontáneamente al Eliseo, por más que hacía ya mucho tiempo que no se había presentado á Napoleón. La vista de este poderoso emperador anteriormente tan temido, sumido entonces en un abismo de miseria, conmovió profundamente al general. Napoleón, que había acogido mal á aquellos de sus servidores más favoritos que demostraban un singular deseo por arrancarle la abdicación, recibió afectuosamente al hombre decaído de su amistad que había solicitado y obtenido para él una hora de tregua. Le dijo con amabilidad que hacían mal en mostrarse tan irritados, porque su abdicación estaba ya redactada é iba á firmarla. Después, conduciéndole al jardín en donde su presencia excitaba en la multitud nuevos gritos de *¡viva el emperador!*, le hizo comprender el poder que aún le quedaba si quería utilizarlo, y preguntó al general si creía que la tumultuosa asamblea podría formar un gobierno y este gobierno oponer una resistencia formal al extranjero; si creía que la abdicación que le exigían no era el advenimiento inmediato de los Borbones, escoltados por quinientos mil extranjeros. Era difícil no convenir con él en estos puntos, y el general Solignac fué de su opinión, le cogió las manos sobre las cuales vertió abundantes lágrimas, y Napoleón, conmovido al notar la emoción de este bizarro militar, satisfecho por haberle demostrado la inconsecuencia de los que pedían su abdicación, le despidió estrechando su mano y prometiéndole que el mensaje imperial sería enviado inmediatamente al palacio de los representantes. Acto continuo cogió una pluma para redactar la minuta del acta, no queriendo confiar á nadie el cuidado de escribir semejante documento, é hizo bien, porque él solo era capaz de encontrar frases dignas de las circunstancias en que se hallaba.

Volviendo á su gabinete en donde estaban reunidos sus hermanos y sus ministros, Napoleón había ya escri-

to las primeras palabras cuando Luciano, José y hasta el ministro Regnaud le dijeron que debía poner por condición expresa de su abdicación la transmisión de la corona á su hijo. Dirigiendo entonces á Mr. Regnaud una mirada en la que se pintaba el más amargo desprecio hacia la política triunfante de Mr. Fouché: «¡Mi hijo!.., repitió dos ó tres veces...; ¡mi hijo!..; ¡qué ilusión! ¡No, no abdicó en favor de mi hijo, sino en el de los Borbones...; por lo menos ellos no se hallan prisioneros en Viena!» Después de pronunciar estas palabras, dignas de su genio, trazó la siguiente declaración:

«FRANCESES:

»Al comenzar la guerra para sostener la independencia nacional, contaba con la reunión de todos los esfuerzos, de todas las voluntades y el concurso de todas las autoridades nacionales: tenía bastante fundamento para esperar el triunfo, y arrostré las declaraciones que habían hecho contra mí las potencias de Europa.

»En el día me parece que las circunstancias han cambiado, y me ofrezco en holocausto al odio de los enemigos de la Francia. ¡Ojalá hayan sido sinceros en sus declaraciones, y ojalá sea yo solamente el objeto de su odio! Mi vida política ha terminado y proclamo á mi hijo emperador de los franceses con el nombre de Napoleón II.

»Los actuales ministros formarán provisionalmente el consejo de gobierno. El interés que me inspira mi hijo me mueve á invitar á las cámaras á que organicen la regencia por medio de una ley.

»Uníos todos para el bien público y para que seáis una nación independiente.

»NAPOLEÓN.»

Este documento, firmado á las doce y media del día, debía ser llevado por el ministro Carnot á la cámara de los pares y por el duque de Otranto á la de los representantes. Para este último era el boletín de su victoria, y apenas ocultaba el júbilo que sentía. Llegó a la cámara de los representantes á cosa de la una, y ya algunos officiosos se le habían anticipado. La hora otorgada al general Solignac había pasado con mucho, y sin la aparición del conspirador triunfante, que acudía á satisfacer la impaciencia general, hubieran probablemente olvidado el respeto que debían al vencido de Waterloo. Al oír el anuncio de la llegada del duque de Otranto con el mensaje imperial, los representantes corrieron á ocupar los bancos vacíos, y de pie y en silencio escucharon la declaración que hemos reproducido más arriba, á la que dió lectura con voz conmovida el presidente de la cámara. ¿Quién lo creería? Después de haber manifestado tanta impaciencia, la asamblea, bien fuera por la nobleza del lenguaje, por la grandeza del hombre y de su infortunio, ó bien por la reacción que experimentan los ánimos después de obtener un triunfo; la asamblea, decimos, poco antes tan rencorosa, permaneció al pronto muda y acabó por verse asaltada de repente de un enternecimiento profundo y universal. Se emplearon algunos momentos en cambiar impresiones de compasión, de gratitud, de pesar, y en muchas mentes se fijó la idea de que si la salud del Estado era casi imposible con Napoleón, sin él era de todo punto

imposible. Habían sido impulsados, por decirlo así, contra su gusto á hacer lo que habían hecho, y comentaban á comprender confusamente que no era el triunfo de la revolución y de la dinastía el que acababan de asegurar, sino el de los Borbones. Esto no era ciertamente una calamidad ni para la Francia ni para la libertad, pero era una obra singular, llevada á cabo por los representantes, cómplices todos ó partidarios de la revolución del 20 de marzo.

El duque de Otranto subió entonces á la tribuna para reclamar hipócritamente consideraciones hacia la desgracia, para pedir que la Francia, al estipular en su favor, estipulase en el de Napoleón, es decir, que asegurase su vida, su libertad, su tranquilidad en el retiro; para proponer, en fin, el inmediato nombramiento de la comisión que debía ir á negociar al campamento de los coligados. Esta aparición harto inútil era un modo de presentar á la pobre asamblea, que no debía tardar en abdicar á su vez, era un modo de presentarle al ridículo dictador que iba á reinar en Francia durante quince días. Se escucharon las palabras de Mr. Fouché sin darles gran valor, porque nadie, después de la satisfacción obtenida, pensaba faltar al respeto al genio desgraciado, ni diferir una hora la gran cuestión de la negociación de la paz, cuestión tan importante en la apariencia y tan vana en realidad como no tardaremos en ver, pero se trataba de un asunto más serio, y expuesto á más de una contestación, se trataba de reemplazar la autoridad ejecutiva que había desaparecido con la abdicación de Napoleón. A partir de ese instante se abrió ancho campo á los cálculos de los partidos, y á las divagaciones de esos hombres agitados que en las grandes circunstancias se mueven mucho por necesidad de carácter ó por la vanidad de ponerse en evidencia. Casi toda la asamblea era bonapartista y revolucionaria, es decir, que querían los principios de la revolución aplicados por las manos de los Bonaparte, excepto los del jefe de la familia que era el único que podía hacer prevalecer sus deseos. El Acta adicional, de la que tanto malo se había dicho, Napoleón II, á cuyo padre acababan de desterrar, y sobre todo la paz, colmarían sus votos; pero ya el duque de Otranto, después de haber prometido á Napoleón II, dudaba de su promesa, y extendía en torno suyo sus propias dudas cuando ya no eran necesarias las seguridades de que se había servido para echar por tierra á Napoleón.

Los hombres á quienes inspiraba decían en todas partes que debía desearse y tratar de obtenerse el reinado de Napoleón II; pero que para lograrlo era preciso no hacer de ello una condición absoluta, que podía disgustar á los soberanos extranjeros é impedir el comienzo de las negociaciones. Por lo demás, añadían, aun cuando prefiriesen á Napoleón II, no era prudente comprometer la suerte de la Francia por un niño prisionero, dirigido por austriacos y condenado probablemente á continuar bajo la misma dirección; que si por ejemplo se podía obtener la monarquía constitucional con un príncipe ilustrado, liberal, habiendo dado garantías á la revolución y que estuviese reñido para siempre con la emigración, no deberían rechazarle por guardar fidelidad á un niño casi extranjero; porque lo que más importaba era asegurar la salud de la Francia y su libertad. Estas insinuaciones se referían al duque de Or-

leáns, en el que muchas gentes pensaban, sin que él hubiese confiado á nadie la misión de hacer pensar en él. Su talento, su oposición discreta, pero visible, á la política que había llevado á Gante á Luis XVIII, los servicios militares que había prestado durante la república, hasta el recuerdo de su padre, le hacían pasar á los ojos de los revolucionarios, de los nuevos liberales y de los militares como un príncipe deseado, sin que ni él ni ninguna otra persona se encargase de propagar su candidatura. Por más que la asamblea se había pronunciado en favor de Napoleón II, se hubiera consolado de su falta, si le hubieran dado en cambio al jefe de la rama menor de los Borbones. El ejército se hubiera creído menos sacrificado sirviendo á este príncipe que gozaba de reputación militar; y ya hemos visto que entre los monarcas reunidos en Viena, el emperador Alejandro, descontento de la emigración, había propuesto al congreso el duque de Orleans, contentándose sólo ante la pronunciada oposición de Inglaterra y de Austria. Mr. Fouché se hubiera conformado también con el reinado de este príncipe, pero no se lisonjeaba de poder conseguir que le admitiesen las potencias coligadas, y si estimulaba las tendencias hacia él, era como una transición de Napoleón II, á quien había prometido sin seguridad, á los Borbones de la rama primogénita, que preveía sin desearlos. En una palabra, su táctica consistía en suscitar todas las ideas á la vez, con el fin de contribuir más tarde al triunfo de la que más le conviniese; pero no hablaba de esta táctica ni á Mr. Regnaud, que era bonapartista sincero, ni á Mr. Manuel, Mr. Jay y Mr. Lacoste, que eran exclusivamente liberales, y que en este concepto temían el regreso de la rama primogénita; limitándose á decir lo mismo á los unos que á los otros, que era preciso observar una extremada prudencia, guardándose bien de presentar á las potencias condiciones absolutas, proclamando por ejemplo tal ó cual príncipe; porque obrando de esta manera sería imposible todo comienzo de negociaciones.

Apenas fué leída á la asamblea la abdicación de Napoleón, se sucedieron una multitud de proposiciones. Los hombres que no querían la dinastía imperial, movidos unos por sus ideas realistas (el número de éstos era muy reducido), los otros por sus ideas de amor á la libertad y á la paz, propusieron que se admitiera desde luego la abdicación para hacerla irrevocable, puesto que sólo con la aceptación recíproca se consolida un contrato; que se dieran las gracias á Napoleón por su sacrificio; y después que se declararan asamblea nacional, que se hicieran cargo de todos los poderes, que enviasen negociadores al campamento de los aliados, y, por último, que nombrasen una comisión encargada de llenar las funciones del poder ejecutivo. Varios representantes sostuvieron estas proposiciones y especialmente Mr. Mourgues, que fué más lejos que los otros. Quería que se añadiese á estas medidas la de nombrar á Mr. de Lafayette general en jefe de las milicias nacionales de Francia, y al mariscal Macdonald, generalísimo del ejército. Nuestros lectores deben recordar que este mariscal, después de haber acompañado á Luis XVIII hasta la frontera, se negó á entrar en el servicio de Napoleón. Al oír estas proposiciones, cuya intención era demasiado clara, un representante, Mr. Garreau, pidió permiso para

leer el artículo 67 del Acta adicional. Esforzándose el presidente Lanjuinais por estorbar la lectura de este artículo, bajo el supuesto de que todo el mundo le conocía, se vió asaltado por los gritos de *que se lea, que se lea*, que salían de todas partes. Pero dominando las voces que pedían la lectura á las que la rechazaban, Mr. Garreau leyó el artículo, concebido en los siguientes términos:

«El pueblo francés declara que al delegar sus poderes no se ha propuesto ni se propone otorgar el derecho de proponer el restablecimiento de los Borbones, ó cualquier otro príncipe de esta familia sobre el trono, ni aun en el caso de que se extinguiese la dinastía imperial, como tampoco el derecho de restablecer la antigua nobleza feudal, los derechos feudales y señoriales, los diezmos ó cualquier culto privilegiado y dominante, ni la facultad de atentar á la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales; interdice, pues, formalmente al gobierno, á las cámaras y á los ciudadanos cualquier proposición relativa á estos puntos.» «Creo haber sido comprendido,» añadió el autor de la cita. «Sí, sí,» respondieron una porción de voces, y se reclamó á la asamblea que guardase las conveniencias debidas. Mr. Regnaud de Saint-Jean d'Angely se lanzó á la tribuna para apoyar y motivar esta reclamación. Desde luego preguntó qué sería de la cámara de los pares si la de los representantes se constituía en asamblea nacional, y qué sería de la Constitución si las dos cámaras se constituían en una sola. Explicó la ventaja que habría en conservar una Constitución ya hecha, que sólo necesitaba algunas ligeras modificaciones para ser excelente, en la que el monarca estaba irrevocablemente designado, lo que ponía fin á todas las competencias, y en la que, para mantenerla en vigor, no había necesidad más que de añadir una medida transitoria consistente en reemplazar por breve tiempo al monarca ausente y menor. Sin embargo, no atreviéndose á proponer un consejo de regencia, que hubiera zanjado demasiado positivamente la cuestión de la dinastía, tomó de las proposiciones rechazadas la idea del nombramiento de una comisión ejecutiva, compuesta de cinco miembros, tres de la cámara de los representantes y dos de la de los pares. Por último evocó los sentimientos de generosidad, de dignidad y de gratitud de la asamblea hacia Napoleón. «Es un hombre, dijo, á quien habéis llamado grande, á quien la posteridad juzgará mejor que nosotros. ¡No hace mucho tiempo que le habéis nombrado vuestro jefe por la segunda vez, y no hace todavía cuatro semanas que le habéis prestado juramento de nuevo! Ha sido desgraciado, lo que muy rara vez le ha sucedido en su carrera militar; le habéis pedido que abdicase y se ha apresurado á complaceros con una magnanimidad de la que he sido testigo, porque yo soy, añadió Mr. Regnaud, el primero que se ha atrevido á hablarle de la abdicación. Ya lo veis, ha abdicado, pero en favor de su hijo. ¿Seréis capaces de pagarle esta magnánima abnegación, no aceptando tampoco á su hijo? Os propongo, pues, que acojáis las mociones que habéis oído, para no anular ni la Constitución ni los derechos de Napoleón II, y os propongo además que enviéis una diputación al que era vuestro emperador hace algunas horas, para darle las gracias por el noble sacrificio que ha hecho en aras de los intereses del país.»

La asamblea, que se hallaba bajo la impresión del gran sacrificio que acababa de obtener de Napoleón, que además estaba conmovida por las palabras de Mr. Regnaud, adoptó unánime la proposición que acababa de someterle. Mr. Regnaud se lisonjeó de haber salvado de este modo el trono de Napoleón II; pero Mr. Fouché no fué de la misma opinión, porque la cuestión que hubiera sido zanjada con la creación de un consejo de regencia se había eludido, creándose en cambio una simple comisión ejecutiva. Esta ambigüedad convenía á Mr. Fouché, quien quería que todo fuese posible excepto la restauración de Napoleón. Se procedió acto continuo al escrutinio á fin de elegir los tres miembros que la cámara de los representantes debía tener en la comisión ejecutiva; y Mr. Fouché, que se consideraba como designado necesariamente para formar parte de esta comisión, no se ocupó de sí, sino de los demás, deseoso de tener á su lado colegas que no pudiesen contrariar sus designios.

Le era imposible librarse de Carnot, cuya buena fe se prometía explotar; pero estaba fuertemente empeñado en que no fuese elegido Mr. de Lafayette, razón por la cual le presentaba á los unos como un fanático sectario de las instituciones harto desacreditadas de 1791, y á los otros como indispensable en la comisión que debía trasladarse al campamento de los soberanos para ajustar en él la paz. Recomendó particularmente al general Grenier, estimado de todos los partidos y poco apto para destruir una intriga, porque era incapaz de tramar la más mínima. Mr. Fouché sin salir de los corredores de la asamblea logró producir los siguientes resultados. Carnot, elegido por la estimación universal, obtuvo 324 votos; Mr. Fouché, escogido por la opinión que se tenía de su influencia en el interior y en el exterior, no obtuvo más que 293; Mr. Grenier reunió 204, y Mr. de Lafayette 142. Fué preciso un segundo escrutinio para la elección de este tercer miembro, y salió triunfante por una inmensa mayoría el general Grenier. Esta resolución fué inmediatamente comunicada á la cámara de los pares para que recibiese su aprobación.

En aquellos momentos se hallaba la cámara poseída de una viva agitación. El ministro de la Guerra había ido á comunicarle las noticias militares que había referido en la cámara de los representantes; porque aun cuando la influencia de los dos cuerpos no fuese igual, debían ser tratados del mismo modo. Después de estas comunicaciones tuvo lugar una escena violenta. El mariscal Ney, agitado todavía por la batalla de Waterloo, en la que tanto heroísmo había desplegado; más agitado aún por los rumores que circulaban, atribuyéndole graves torpezas; excitado por Mr. Fouché, á quien había escogido por confidente de sus penas, pidió la palabra, y llamando la atención tanto por su enérgica figura como por la importancia de un relato emanado de su boca, combatió las aserciones del ministro, afirmó que no quedaba ya ningún recurso, que todo se había perdido, que el ejército había cumplido con su deber, pero que se habían cometido grandes torpezas (sin nombrar al autor de estas torpezas, designaba claramente al emperador), que estas torpezas habían acarreado un desastre irreparable, y que no quedaba más remedio que aceptar toda clase de condiciones, salvando cuando más

las vidas de los que estaban comprometidos. Conduciéndose de este modo la gloriosa víctima, no sabía que hacía inevitable una capitulación, tras de la cual no podrían desgraciadamente salvarse las vidas. Imposible es de explicar el trastorno que produjo esta escena. Algunas personas malévolas experimentaron una alegría casi visible en presencia de este caos, pero la gran mayoría de los pares, sincera, aunque débil, se sintió desolada al ver que un hombre dotado de un valor tan prodigioso propagaba el desaliento. Drouot, que entró en el mismo momento en que cesó de hablar el mariscal, informándose de lo que había dicho, fué á replicar sus aserciones con el lenguaje grave y afable que empleaba siempre, anunciándole que las rectificaría. Ney se defendió mal y dejó ver el aflictivo desorden de un alma desesperada, fuera de sí, y mereciendo que sin hacerle caso en lo sucesivo, sólo se tuvieran en cuenta sus incomparables servicios.

La cámara de los pares se hallaba bajo la impresión de una escena tan triste, cuando llegó el mensaje de la cámara de los representantes. No era posible dudar de la aprobación de los pares á las medidas propuestas, pero los miembros ardientes del partido imperial el príncipe Luciano, los generales La Bedoyere y de Flahault, se mostraron muy irritados al ver eludida la soberanía de Napoleón II con el nombramiento equivoco de una comisión ejecutiva, y manifestaron muy alto su descontento. El conde Thibaudeau, revolucionario moroso que odiaba á los Borbones, que prefería á los Bonapartes sin amarlos, porque no amaba á nadie, que despreciaba á Fouché y se dejaba guiar por él, adoptó la idea tan general entonces de buscar una pronta salvación en la abdicación del emperador. Partiendo de este principio expresó la opinión de que debía homologarse pura y simplemente la decisión de la cámara de los representantes, lo que por lo demás era inevitable en el punto á que habían llegado las cosas. Esta proposición excitó una violenta ira entre los partidarios de la dinastía imperial.

El príncipe Luciano, recordando á la cámara de los pares, nombrada por Napoleón, la gratitud, la fidelidad que le debía, haciéndole comprender que si el respeto á las leyes había desaparecido en todas partes, debía subsistir en su seno, invocando la Constitución que después de Napoleón I confería la corona á Napoleón II, apoyándose, en fin, en el acta de la abdicación que ponía por condición esencial el advenimiento al trono de Napoleón II, pidió que se proclamase acto continuo al joven príncipe, con el fin de librarse de la guerra civil y del caos. «Unámonos en torno de Napoleón II, exclamó el príncipe Luciano, y por mi parte soy el primero que da el ejemplo jurándole fidelidad.» Muchos pares, aterrorizados por el tumulto y aprobando la forma evasiva adoptada para reemplazar el poder ejecutivo, se mostraron visiblemente importunados de la vivacidad con que quería zanjarse una cuestión tan grave. Mr. de Pontecoulant, par de Napoleón y de Luis XVIII, deudor por lo tanto de uno y otro monarca, era de los que no querían que se dificultase más de lo que en sí era la transición de un régimen decadente á un régimen inevitable. Después de confesar lo que debía á Napoleón, declaró que en su concepto era deudor de mucho más á su país, y que consideraba como imprudentísima la

proposición del príncipe Luciano. Recordándole su calidad de príncipe romano, le echó en cara que no era francés, y que por lo tanto no podía emitir ninguna opinión valedera sobre el asunto que se discutía. «Si no soy francés para vos, respondió el príncipe Luciano, lo soy para la nación entera;» é insistió sobre la nulidad de la abdicación de Napoleón I, en caso de que no se reconociesen inmediatamente los derechos al trono de Napoleón II. El generoso é imprudente La Bedoyere, tan poco dueño de sí mismo como Ney, usó entonces de la palabra con una increíble violencia. «Aquí hay personas, dijo, que bajándose á los pies de Napoleón cuando estaba en su apogeo, le abandonan hoy que ha caído en desgracia. Dejémosles obrar, y cumplamos nuestro deber. Napoleón ha abdicado en favor de su hijo; si su hijo no es proclamado, la abdicación es nula y debe retirarla. Que se apodere nuevamente de su espada y todos acudiremos á morir á su lado. Los traidores que le han abandonado, le abandonarán quizás una vez más, tramarán intrigas con el extranjero, como ya lo han hecho...; á algunos de ellos veo sentados en estos bancos...» Al oír estas palabras que probaban el estado de agitación del bizarro La Bedoyere, un tumulto espantoso le interrumpió. Le hicieron callar; muchos de sus amigos procuraron contenerle, pero no lograron calmarle. La discusión continuó sin orden, sin resultado para los que querían la proclamación inmediata de Napoleón II; y la prudente asamblea, adoptando la política evasiva que había prevalecido en la otra cámara, confirmó pura y simplemente su decisión, nombrando para completar la comisión ejecutiva á Mr. de Caulaincourt como el hombre más digno de representar en su seno los intereses de la Francia, sin descuidar los de Napoleón, y á Mr. Quinette, como antiguo convencional y representante honrado de la revolución.

Estas noticias, que no tardaron en llegar á oídos de Napoleón, no le admiraron ni le afligieron más de lo que estaba, porque no se había hecho la menor ilusión respecto de la suerte de su hijo, y nunca había creído que al desprenderse la corona de su poderosa cabeza, fuese á parar sobre la de un tierno niño, á un tiempo ausente y prisionero. Por la tarde fué una diputación de los representantes á ofrecerle el homenaje de la asamblea y la expresión de su gratitud. La recibió de pie, con la misma actitud que cuando disfrutaba del apogeo del poder, con una gravedad triste, y le habló con esa elevación de lenguaje que da el completo desinterés de todas las cosas.

Después de mostrarse sensible á los sentimientos de la diputación, dijo á los representantes que el sacrificio que le agradecían lo había hecho por la Francia, pero sin ninguna esperanza de serle útil, y únicamente para no estar en desacuerdo con los hombres que la representaban, porque no era posible luchar con éxito sin la condición absoluta de hallarse todos unidos por los mismos sentimientos.

Les recomendó la unión como el recurso más eficaz, y después de la unión la actividad en los preparativos de la defensa, porque para obtener la paz era preciso que tuviesen á su disposición todos los medios de hacer la guerra. «El tiempo que se ha perdido para destruir la monarquía imperial, les dijo, hubiera sido mejor empleado en preparar los medios de resistencia; pero en

fin, aún no es tarde, apresuraos porque el enemigo se acerca y os engaña al decirnos que cuando yo no esté con vosotros se detendrá. Quiere imponeros á los Borbones con todo lo que los Borbones llevan consigo. Os recomiendo á mi hijo, porque sólo por él he abdicado y únicamente agrupándose en torno de ese niño es como evitaréis el conflicto de las pretensiones contrarias, sólo así organizaréis el ejército y tendréis probabilidades de conservar la independencia nacional. Por mi parte, mi misión ha concluido, y quizás mi vida. Dondequiera que esté elevaré mis votos al cielo por la Francia, por su dignidad, por su ventura. No pudiendo servirle como jefe, hubiera querido hacerlo como soldado, pero vosotros habéis juzgado que debía renunciar á serle útil. No se trata ya de mí, sino de mi hijo y de la Francia. Creedme, estad unidos.» Después de pronunciar estas palabras, Napoleón saludó con dignidad á los miembros de la diputación, y se separó de ellos dejándolos profundamente conmovidos.

Napoleón, lo repetimos, no se hacía ninguna ilusión; no pensaba que la causa de su hijo fuese más fácil de ganar que la suya, y creía todavía menos que la asamblea agitada y vendida por Mr. Fouché pudiese defenderse. Pero cumplía el último deber de padre al recomendar la causa de Napoleón II, y por lo demás estaba persuadido de que si en aquellos momentos había algún medio de unir á los partidos y de excitar la adhesión del ejército, era el sostenimiento de la corona sobre las sienes de este niño. En vista de eso quiso, pues, intentar el último esfuerzo en su favor. El cuidado que había tenido para evitar la manifestación de sus opiniones, le parecía una falta de palabra, y se explicó vivamente con Mr. Regnaud. Le acusó de haberle prometido para decidirle á abdicar el triunfo de la causa de Napoleón II, y se quejó de que hubiera trabajado tan poco y con tan escaso éxito.

Mr. Regnaud no merecía estas reconveniones, porque engañado por sus deseos y por Mr. Fouché, había creído que la proclamación inmediata del hijo sería el premio de la abdicación del padre. Se excusó cuanto pudo, y ofreció á Napoleón trabajar con todas sus fuerzas para que le cumpliesen la palabra que le habían dado al siguiente día. Napoleón llamó también al Eliseo á dos de los ministros de Estado, á Mr. Defermón y á Mr. Boulay de la Meurthe, con cuya adhesión contaba, y les pidió que empleasen toda su influencia con la cámara de los representantes á fin de que fuese proclamado de una manera formal Napoleón II. Los dos se mostraron dispuestos á complacerle, y Mr. Boulay de la Meurthe, acostumbrado á las asambleas en las que en otro tiempo había figurado honrosamente, revolucionario digno, amigo de Sieyes, partidario de sus miras, y profesando con toda su alma una profunda aversión á los Borbones, prometió no economizar ningún recurso para conseguir el triunfo de esta nueva tentativa.

Mr. Regnaud fué á visitar á Mr. Fouché, y le habló del compromiso en que estaban para con Napoleón, del peligro que había faltándole á la palabra de que se dijese renunciando quizás á su sacrificio, y de la necesidad que había por lo tanto de satisfacerle de cualquier modo que fuese. Mr. Fouché pareció opinar de la misma manera, é insistió con los jóvenes diputados á quienes guiaba engañándolos, con Mr. Jay y Mr. Manuel,

para que hiciesen algo que satisficiera á Napoleón no ocasionase, sin embargo, compromisos imprudentes para con la dinastía imperial. No les expuso sus verdaderos motivos, que eran distintos, como no tardaremos en ver, pero alegó la doble razón de que no debía exasperarse á Napoleón defraudando sus últimas esperanzas, y la de que debían hacer prevalecer, si podían, la soberanía del heredero imperial, bajo cuya dominación no tendría nada que temer la libertad, estando plenamente garantizados los intereses del partido revolucionario. Prometieron seguir sus consejos y convinieron en abandonar un poco la situación equívoca en que se hallaban, pero sin contraer compromisos irrevocables.

Con efecto, al día siguiente 23, Mr. Berenger suscitó la cuestión, procurando precisar la naturaleza de los poderes conferidos á la comisión ejecutiva. ¿Sería asimilada á los ministros responsables ó á la soberanía, participando en este caso de su inviolabilidad? Sólo la exposición de esta cuestión bastaba para agitar profundamente los ánimos. Los oradores afluyeron á la tribuna; unos querían que la comisión ejecutiva no fuese más que un poder responsable, otros que fuese una verdadera regencia, reemplazando al monarca menor y ausente, y gozando de todas sus prerrogativas. Haciendo entonces uso de la palabra Mr. Defermón, dijo que se lanzaban á una especie de caos por falta de principios fijos y sólidos. Nada en su concepto era más fácil que determinar el papel de la comisión ejecutiva, si se encerraban en la Constitución existente, sin salir de sus límites para nada. Con arreglo á sus principios, que eran los de la monarquía constitucional, tenían un soberano, Napoleón II, heredero necesario y legítimo de Napoleón I, y que debía suceder á su padre como en los tiempos antiguos el rey vivo al rey muerto. «¿Creéis, añadió Mr. Defermón, que Napoleón II es vuestro soberano?—Sí, sí, respondieron levantándose la mayor parte de los miembros de la asamblea... ¡Viva Napoleón II!—Pues bien, si lo creéis, repuso Mr. Defermón, la comisión ejecutiva debe tener pura y simplemente los poderes de una regencia y obrar por Napoleón II, en su nombre, después de haberle prestado juramento; pero antes es necesario declararlo formalmente, y de este modo podréis contar con el ejército, que es adicto á la dinastía, con la milicia nacional, á la que han dicho que esperáis á los Borbones, y al mismo tiempo podréis hacer ver al extranjero que hay condiciones que estáis irrevocablemente decididos á imponer...—Aguardad, dijo un miembro, á que se conozca el resultado de las negociaciones.—No, no, replicaron una porción de ellos, obedezcamos á la Constitución y proclamemos á Napoleón II.» La asamblea, de pie y gritando ¡Viva el emperador!, se hallaba pronta á ceder al impulso general, cuando algunos miembros procurando calmarla, le hicieron comprender la necesidad de proceder con alguna más reflexión. No queriendo Mr. Boulay de la Meurthe que se enfriase el entusiasmo, reanudó la tesis de Mr. Defermón, sostuvo la indivisibilidad del acta de abdicación y la nulidad del sacrificio si se negaba el precio de él, y después, con una extremada violencia, señaló las intrigas cuyo objeto principal era traer de nuevo á los Borbones y cuyo resultado era la división de la asamblea, con lo cual, debilitándose el país, se abrían sus puertas al extranjero. Denunció dos partidos,